

**ERNESTO
DE LA TORRE
VILLAR**

**RAFAEL
HELIODORO
VALLE
(IN MEMORIAM)**

México es país que fascina y atrae. Arraiga a quienes le comprenden y atienden con interés, a quienes penetrantemente intentan desentrañar su belleza y enigma. Nuestra realidad geográfica puede agradar o no, pero nunca será indiferente, nunca dejará de imponerse a quienes nos observan con atención. De ahí los juicios positivos y negativos en torno nuestro; de ahí la admiración o el desprecio que suscitamos. Los testimonios que los extranjeros nos han dejado sobre México son numerosísimos y todos ellos son de extrañeza admirativa o de censura. Pero, más que un sentimiento del que ha quedado un testimonio, importa advertir que la atracción que nuestro país ejerce es, en ocasiones, tan potente y definitiva, que prende en sutiles pero potentes redes a quienes se asoman a él, a quienes se internan, principalmente por voluntarias razones, en sus abiertos valles, azuladas montañas, exuberantes tierras cálidas e imponentes y avasalladores desiertos; a quienes aprenden a respetar nuestra manera de ser, a entender nuestra cultura en sus expresiones espirituales y materiales: [tanto] las más delicadas [cuanto] las más ordinarias y comunes. La aculturación o transculturación que México opera en los foráneos es tradicional. Va desde Gonzalo Guerrero y Cortés hasta los más recientes emigrantes vecindados en México. "Don Hernando Cortés —decía Valle—, al gustar la hamaca y el clima tropical de estas tierras, gozar de sus mujeres, saborear el fresco chocolate y sentir la admiración indígena, se fundió en nuestro suelo, en el que dejó simiente espiritual y física siempre presente."

Si cierta es esa atracción, también es cierto que no todos los extraños dejan testimonio de su paso por México ni menos que todos ellos se funden en nosotros de tal modo que lleguen a ser parte integrante de nuestra colectividad; que inserten su acción y aliento en nuestra cultura al punto que formen parte de la misma, la acrecienten y sean inseparables de ella.

Uno de los más ejemplares casos de adaptación es el del escritor Rafael Heliodoro Valle. Nacido en Comayagua, Honduras, el 3 de julio de 1891, llegó a México en 1908, esto es a escasos diecisiete años, al iniciar su juventud. Su interés por México partía de tiempo atrás, cuando sus aficiones por la cultura e historia mexicana le llevaron a preparar una disertación en torno de Benito Juárez, la cual habiendo obtenido el primer lugar, le permitió conseguir la beca que Justo Sierra ofrecía a estudiantes de otros países para proseguir sus estudios en México.

En la Escuela Normal realizó su carrera que le confirió el título de maestro. Como todo estudiante, su situación económica fue difícil y así tuvo que desempeñar numerosos trabajos. "Era tal el apremio en que vivía, —narraba en cierta ocasión— que hasta clases de baile tuve que impartir". Con gran vocación literaria, destacó entre sus condiscípulos; sus maestros, quienes se percataron de su alta calidad humana e intelectual, le estimularon en sus estudios y trabajos en el campo de las letras.

Recién arribado a México, a más de participar en el Congreso de Estudiantes celebrado en 1910 y en el cual tuvo actuación muy lúcida, fue entre sus compañeros designado para saludar en nombre de los estudiantes de México al ilustre historiador y maestro don Rafael Altamira. En 1911 lee en ocasión de un aniversario juarista su *Oda a Juárez*, de la cual son estas cuartetas:

“¿Con qué carne más pura amasaron tu rostro?
¿Qué tallador de vidas trasladó tus quimeras
a los nobles basaltos? Padre, ante ti me postro
y clavo aquí mis versos como un haz de banderas
...
¡Oh Capitán civil! Tu levita cruzada
sobre el sendero amargo se va haciendo girones:
se empolva con los nácares de la noche estrellada
y tiene los remiendos que hay en tus pabellones.”

Sus merecimientos le valieron la amistad de Justo Sierra, de Juan de Dios Peza, de Salvador Díaz Mirón, de Luis G. Urbina, de Rafael López, maestros y ejemplo para el joven poeta que en él había.

Ya radicado en México, coetáneo de brillante generación, se une a ella y compartirá anhelos y aspiraciones con Manuel Toussaint, Rafael García Granados, Federico Gómez de Orozco, Pablo Martínez del Río, Luis Chávez Orozco, José de J. Núñez y Domínguez y otros más.

Lleno de nobles ambiciones intelectuales, con una obra literaria que le prestigiaba, pero deseoso de lograr con su propio esfuerzo distinciones académicas superiores, prosiguió humilde y pacientemente sus estudios hasta obtener en la Facultad de Filosofía y Letras, en donde ya era maestro por sus propios merecimientos, el doctorado en historia; para el cual redactó su *Cristóbal de Olid, conquistador de México y Honduras*. La Universidad, en reconocimiento a su acendrada labor magisterial y americanista, habría de concederle más tarde el grado de Doctor Honoris Causa en emotiva ceremonia celebrada en el Paraninfo, en la cual otorgóse mención semejante a ilustre peninsular.

Incorporado al magisterio, Rafael Heliodoro Valle dictó cátedras —auténticas por su transparencia, comprensión y amplio sentido humano— de literatura, historia, gramática, periodismo. La Escuela Nacional Preparatoria ya le tenía por los años veinte como uno de los maestros más destacados, y como un forjador de vocaciones, auténtico guía. El Colegio Militar, La Escuela Normal, la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, le contaron como parte de su personal docente. En esos planteles, en claras explicaciones, estilo jovial, y dominando la difícil facilidad de enseñar, disertaba sobre las letras o la historia patria, los escritores y los prohombres americanos, sin pasiones, con justeza, equilibradamente, señalando

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
EDICIÓN DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

BIBLIOGRAFIA
CERVANTINA
EN LA
AMÉRICA ESPAÑOLA

por
Rafael Heliodoro Valle
y
Emilia Romero

IMPRENTA UNIVERSITARIA
MÉXICO, 1916

CORONA

A LA MEMORIA
DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

Compilación, notas y bibliografía
por
EMILIA ROMERO DE VALLE

EDITORIAL LIBROS DE MÉXICO, S. A.
MÉXICO, D. F.
1963

errores y aciertos, hallazgos y deficiencias. Fue en la enseñanza, en el despertar vocaciones, auténtico maestro. Generoso y limpio, tendió la mano a cuantos lo necesitaron; no escatimó el elogio y el estímulo, el consejo y la ayuda. Numerosas generaciones tuvieron el privilegio de contarle como maestro, y en todas ellas sembró la simiente del estudio, de la investigación, del cultivo literario. Muchas generaciones anteriores a la mía le recuerdan como guía y amigo y muchas más posteriores aún escucharon su palabra sonora, su risa franca, contagiosa e incontenible, su ironía fina, sus observaciones luminosas que, por claras, aparecían tan sencillas pero que encerraban profunda penetración, reflexión intensa frente al acontecer histórico, la conducta humana, el valor poético.

Todos cuantos estuvieron a su lado le recuerdan por su labor enseñante. ¡Cómo lo han evocado Salvador Azuela y los miembros de su generación, la generación de vasconcelistas, por su actitud franca, honesta y ejemplar! ¡Cómo lo ha pintado Antonio Armendáriz y Arturo Arnaiz y Freg! El primero nos dice: "Valle resulta amable para sus amigos y conocidos porque en un medio tan abandonado a la mezquindad, donde no extraña que la maledicencia paralice la voluntad, es natural que destacara la acción benéfica de un hombre que como él, parecía haberse impuesto el propósito de no sólo incitar a los jóvenes hacia la faena periodística, tan ingrata como pródiga en grandes satisfacciones espirituales, sino que, además, indefectiblemente le encontramos por todas partes abriendo puertas a la esperanza; hablando siempre en favor de los jóvenes primerizos y presentándoles con encomio, hasta conquistar la oportunidad para quienes fueron capaces de no perderla ni bajo condiciones de signo adverso". Y Arturo Arnaiz y Freg quien tanto sintió el auxilio del maestro afirma: "La bondad de su corazón le permitía estimular, elogiar y destacar el valor de los demás, de la manera más entusiasta. Durante varias décadas, supo ser el testigo más alerta de nuestro paisaje cultural. Fue siempre el primero en señalar que en algún joven iberoamericano surgía un estudioso, el primero en dirigirle palabras de aliento y en escribir sobre él elogios que tenían como base —más que otra cosa— su extraordinaria generosidad".

Su vocación y capacidad magisterial eran en Valle auténticas y firmes. En varias ocasiones señalaba cómo a algunos educadores hondureños y en México a Justo Sierra, a Ezequiel Chávez, a José Vasconcelos los había sentido como genuinos maestros, como inspiradores y orientadores de su labor. Maestro normalista, comprendía el esfuerzo por iluminar mentes infantiles y su actitud ante la juventud a la que despertaba al descubrimiento de la poesía, a la penetración de la acción humana que forja la historia, a la comunicación de la información oportuna, necesaria y correcta, le hizo mantener un respeto sacrosanto al maestro, una veneración que se traslucía siempre en su actitud respetuosa hacia sus mayores y que plasmó ya desde sus primeros versos.

En *Elogio al Maestro*, poesía que leyó en la inauguración de la Escuela Normal de Profesores de México el 12 de septiembre de 1910, al evocar a uno de los educadores más connotados dirá:

"¡Ese pastor de júbilos, que aduna
sacro laurel y diamantina palma,
copia en su frente palidez de luna,
en su conciencia sol; y tiene una
santa resignación dentro del alma!

¡Oh fogueado viandante nazareno
que sale del dolor, como va al limbo
pródigo brote de dulzores lleno! . . .
¡Lleva el cielo en el alma porque es bueno
y en la pálida sien le tiembla un nimbo!

Mas tarde en 1927 escribirá sentido poema el día del maestro dedicado a los *Maestros olvidados*, y de continuo hará amorosos elogios a quienes consagran su vida a enseñar a los demás.

Su capacidad magisterial se fortalecía con su inmensa cualidad de conversador. Valle era un hombre que hacía de la conversación un arte y deleitando enseñaba. Fue un cultor de la conversación penetrante, aguda, oportuna en la que se traslucía su lúcido y amoroso sentido de la vida y de cuanto lo rodeaba.

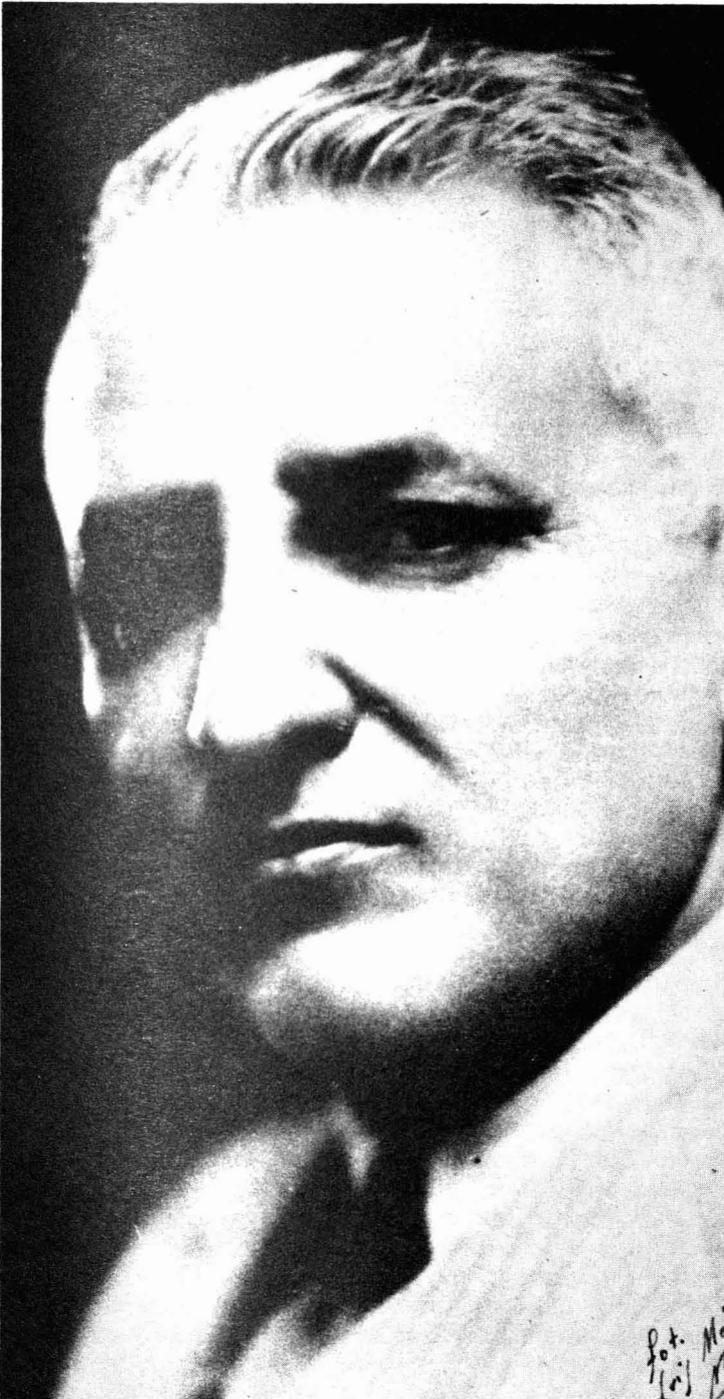
La mezquindad humana le tocó en varias ocasiones, la maldad, la envidia, el egoísmo ajeno le hirieron muchas veces, mas fiel a sus ideales, lleno de bondad, amante de la verdad, del bien y la belleza superó la ruin maledicencia e impuso sus virtudes. Su constancia en el trabajo, su producción fecunda y rica, su magnífica condición humana superó la vileza de los miserables incapaces de sentir o hacer algo bueno o noble o bello. Con el peso de los años, los últimos infortunios que hieren siempre a los hombres valiosos, le desplomaron, pero toda su vida dio muestras de gran integridad espiritual, de un afán por la vida llena de alegría y de luz, de bondad repetida mil y mil veces sin importarle la ingratitud de quienes había beneficiado. El beneficio era para él acción benéfica agradable por el placer que le proporcionaba y porque hacía partícipe a los demás de la idea de bondad, valor supremo que él estimaba sobradamente. Aun olvidándose de sí mismo auxiliaba a quien veía urgido de apoyo. La amistad era en Valle, como en Cicerón, perfecto acuerdo de todo lo humano y lo divino, unido a un amor entrañable y lleno de estima, sostenido todo ello en eternos valores.

Si el magisterio fue su auténtica vocación, una de las formas mejores por amplias y eficaces en la enseñanza fue el periodismo, y Valle fue excelente periodista y uno de los renovadores más eficaces del periodismo mexicano. Su labor en los diarios fue de altura, distinguida por cuanto lo que él transmitía por todos los

BOLIVAR EN MEXICO
1799 - 1832

COMPILACION, PROLOGO Y NOTAS DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA
DE RELACIONES EXTERIORES
DEPARTAMENTO DE INFORMACION PARA EL EXTRANJERO
MEXICO
1966



Rafael Heliodoro Valle

puntos del planeta era cultura, información en torno de los acontecimientos civilizadores más importantes. Nunca cultivó el amarillismo despreciable ni medró con procedimientos mercantilistas o aun gansteriles como se acostumbra, sino que sus colaboraciones en la prensa de toda hispanoamérica, escritas con donosura, talento, agilidad y penetración le depararon el aprecio continental al grado que mereció recibir el premio Pulitzer y el Serra que se otorga a la obra periodística e histórica más amplia, sostenida y valiosa. Por su incansable y meritoria actividad, periodística, Alfonso Reyes dijo de él: "Torre de Señales atenta y sensible a todas la vibraciones de la actividad intelectual de Latinoamérica, un San Sebastián acribillado de flechas partidas de todos nuestros horizontes".

¿Cuántos artículos y en cuántas publicaciones colaboró Valle? Emilia Romero que con amor y lealtad de Penélope trató de conocer la voluminosa urdimbre de esa labor, señala que fueron más de doscientos cincuenta periódicos y revistas, los que a través de años recogieron más de veinticinco mil artículos y colaboraciones salidas de su pluma. Ella misma reunió parte de los anagramas y seudónimos con que signaba sus escritos. "Su pluma honrada, su mensaje teñido de elevación poética, — escribe Arnaiz y Freg— lo convirtieron en un vigoroso vínculo entre los pueblos hispanoamericanos", y Salvador Azuela le recuerda portando con su brazo lisiado enorme portafolio del que extraía, libros, documentos, revistas guardadas con las cuartillas que escribía a vuelapluma, siempre oportunas, justas, precisas. Si se ha dicho que Lope escribía una comedia mientras almorzaba, Valle redactaba un artículo en el trayecto del tranvía que a diario tomaba para ir de San Pedro de los Pinos, —calle 25 número 62 en donde vivió largos años y en donde murió— a la redacción de *Excelsior* o a sus cátedras en la Preparatoria.

Con su lúcida inteligencia, galanura y justeza en el decir, aireó nuestra prensa. Sus editoriales consagrados a señalar los aportes históricos o literarios más salientes, sus comentarios sobre obras, y autores a los que juzgaba veraz y positivamente, fueron siempre eficaces por el tino y el buen juicio que contenían, por el aliento positivo y optimista que infundían y por la censura correcta, atinada y afable que dirigía. Sus comentarios sobre libros no eran apresurados ni superficiales, no lo hacía con las solapas de los libros como tantos reseñadores, sino que eran producto de una perfecta y lúcida comprensión de la obra. Páginas chispeantes como "Cosmópolis", llenas de gracia, abundaban en inteligente ironía, en fina capacidad de informar gustosa y deleitosamente. Con esa sección puso las bases de un periodismo ágil, rápido en informar, pero sano y eficaz, que muchos seguidores posteriores falsificaron y desviaron hacia el mercantilismo, la cursilería o el chisme.

Valle, desde sus tiernos años mostró su inclinación poética y de

RAFAEL HELIODORO VALLE

HISTORIA DE LAS IDEAS CONTEMPORANEAS EN CENTRO-AMERICA

HISTORIA DE LAS IDEAS EN AMERICA

Tierra  Firme

ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO

No. 10007

LA ANEXION DE CENTROAMERICA A MEXICO

TOMO VI Y ULTIMO

COMPILACION Y PROLOGO DEL
DR. RAFAEL HELIODORO VALLE

Publicado por la
SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
DIRECCION DE PUBLICACIONES Y ESTAMPACION
MEXICO

él tenemos poemas escritos al final de su niñez y en plena adolescencia.

Los que más tarde se recogieron en *La Rosa intemporal* signados en 1908 revelan ya una notable madurez, una sensibilidad poética notable, que fue con el tiempo acrecentándose. Creció y maduró influido por poderosas corrientes poéticas y aun cuando esas diversas formas de expresión lírica que fueron el clasicismo, el romanticismo, el modernismo y el ultramodernismo le afectaron, su voz conservase genuina, singular. Se enriqueció con esencias y valores de los liróforos más distinguidos, pero preservó su propio sentido, su aliento vital propio y auténtico. Por ello Enrique González Martínez al comentar el libro *Contigo* en 1943 escribirá:

“Poeta conocía a Valle y lo vuelvo a encontrar en este libro de sus más recientes emociones. Con estos poemas de hoy, muestra que no es el viajero inadvertido que recorre su senda sin parar mientes en las amorosas sollicitaciones del paisaje, sino el peregrino que atiende a toda voz y a toda forma para guardarlas celosamente, en espera de transmutarlas en canción. Este libro de madurez, hora de las creaciones definitivas, momento en que lo retórico y lo puramente literario ceden el paso a la emoción humana y sin afeites, nos da lo más noble del espíritu de Valle; forma pura, sensibilidad honda, visiones convertidas en estados de alma, músicas en que el dolor y la alegría ponen su nota de arte sincero y de vida profunda. La forma gallarda, plenamente dominada por el poeta, y el verso limpio, hacen lo demás. . .”

Sus libros de poesía que muestran, como él decía, su anhelo de liberarse de las cadenas del dolor y de la muerte, fueron apareciendo poco a poco. En 1911 publicó *El rosal del ermitaño*, que remozó y amplió en 1910. En 1913 surgió, *Como la luz del día*; *Anfora sedienta* en 1922 la cual mereció cálido y desbordado comentario de José Santos Chocano; *El Espejo historial* se editó en 1937; *Contigo* en 1943; *La sandalia de fuego* en 1952; *Poemas* en 1954. Muchos otros no recogidos en libros y los posteriores a 1954 y hasta 1957, los reunió para publicarlos Emilia Romero. Parte de ellos los incorporó en *La Rosa intemporal*.

Si su delicada sensibilidad se volcó en la poesía, su angustioso deseo de saber, lo centró en la historia. Ansioso de conocimiento, Valle continuaba la tradición enciclopedista americana. —¿Qué no quiere reunir o que no quiere saber Valle? — preguntaba cierto día Luis Chávez Orozco. Eso era verdad. Su deseo de conocimiento era inmenso y por ello se volcó en mil direcciones, pero sin malograrse, sino dejando en todas las que emprendía la impronta de su inteligencia y saber. Dedicado a enseñar e informar que es también enseñar, Valle, que poseía gigantesca capacidad de estudio y de trabajo, trató de profundizar en numerosos aspectos. Por sí solo, en un principio y sin más guía que su juicioso raciocinio, su honestidad intelectual y su anhelante sed de saber, se consagró a numerosas disciplinas. La bibliografía cuya utilidad apreció dentro

de un medio desorganizado y carente de medios de información, le debe numerosos trabajos. En varias revistas especializadas, él puso los cimientos de macizas secciones. La *Revista de Historia de América*, el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, por citar unos cuantos iniciaron sus ricos apartados bibliográficos con la colaboración de Valle. La *Bibliografía Maya*, reunida en 1941 en un libro separado trató de contener por vez primera cuanto se conocía y producía acerca de esa cultura. La primera información bibliográfica histórica americana de amplio alcance también se debió a él, que la inició en la *Revista de Historia de América*. Dentro de este campo publicó la *Bibliografía de José Cecilio de Valle* (1934); su ilustre coterráneo; *La Cirugía Mexicana del siglo XIX* (1942); *Bibliografía del periodismo en la América española* (1924); *Bibliografía de Rafael Landívar* (1953); *Bibliografía de Sebastián de Aparicio* (1954) y en las series bibliográficas de la Secretaría de Relaciones Exteriores imprimió la *Bibliografía de Ignacio Manuel Altamirano*. Más tarde preparó, junto ya con Emilia Romero, la *Bibliografía Cervantina*. De esta obra, Emilia preparaba una segunda edición muy ampliada que esperamos poder publicar en breve. A él se debió también una desaparecida *Bibliografía de Justo Sierra*. Muchos otros trabajos de esta naturaleza, reveladores de sus conocimientos y dedicación, muestran su polifacética labor.

Como investigador, la historia mexicana e iberoamericana le son deudoras de nutridas colecciones documentales, seleccionadas con espíritu ecuánime, limpio y honesto, como son los seis volúmenes de *La Anexión de Centroamérica a México*; *Cartas de Benthán a José Cecilio del Valle* (1942); *Páginas olvidadas de Martí* (1953); *Bolívar en México, 1799-1832* (1946).

Más importantes aún son sus penetrantes, lúcidos y hermosos trabajos históricos entre los que descuellan: *Cómo era Iturbide* (1922) completado más tarde por *Iturbide varón de Dios* (1944); *Fray Bartolomé de las Casas* (1926); *Para una biografía de Hernán Cortés* (1935); *El espejo historial, historia y poemas históricos* (1937); *Tres pensadores de América: Bolívar, Bello, Martí* (1946); *Santiago en América* (1946); *John Lloyd Stephens y su libro extraordinario* (1948); *Cristóbal de Olid, conquistador de México y Honduras* (1948 y 1950); *El Convento de Tepotzotlán* (1952); *Jesuitas de Tepotzotlán* (1955); *Historia de las ideas contemporáneas en Centroamérica* (1960) y muchas otras más que no podemos mencionar en esta recordación. Todas ellas representan una visión honrada de su pensamiento de historiador. Ajustado a su circunstancia e impulsado por las corrientes de su época, dejó en sus ensayos un testimonio lúcido, honesto y desinteresado. Enriqueció la historiografía americana abundantemente, tuvo conciencia de los problemas históricos que agitábanse en su época, vislumbró caminos y senderos que mostró a cuantos nos enriquecimos con su palabra sabia y cordial, atisbó aspectos insospechados



Doña Emilia
Romero de Valle

en aquel entonces y que hoy se cultivan con esmero, como son la historia de los sentimientos, la historia de la cultura y las ideas, entre otras las estéticas y las sociales. Para Valle fue una realidad la afirmación clásica de "Nada de lo que es humano es ajeno". Sus lecciones en las que aprendíamos lo mismo la influencia del pensamiento jurídico-político de Benthan, como la historia del sentimiento o la sociología religiosa hispanoamericana o la historia del gusto a través de la evolución de la culinaria, eran el reflejo de lo mucho que sabía y de cómo su creativa imaginación se desbordaba en una obra que trataba por inmensa e inacabable, de trasladar a sus discípulos para que la continuaran.

Sapiente, sereno, no era el tipo acartonado del erudito egoísta de su saber reacio al cultivo de la amistad, sino que desparramaba bondad y atención a todo el mundo, orientaba alegremente y enseñaba casi jugando, sonriendo, pues tenía la sonrisa a flor de piel y la palabra amable y sincera presta a dispararse.

Largos años pasó entre nosotros. En los últimos tiempos, llamado por su país natal a cumplir difícil e ingrata misión se ausentó temporalmente, pero su corazón que había dejado aquí le hizo volver en 1955. Venía destrozado nerviosa y moralmente, sin embargo, lleno de ánimo pudo reanudar en parte sus actividades apoyado espiritual y materialmente en Emilia Romero. El 29 de junio de 1959, rodeado de sus libros, su esposa y amigos, falleció en su casa de San Pedro de los Pinos, donde trabajó tanto y en donde su recuerdo perdura.

Emilia Romero nacida en Lima, dama ilustre de espíritu, de intelecto y de origen fue la compañera ideal de Rafael Heliodoro Valle. Poseedora de maciza cultura, mente despejada y extraordinariamente organizada, exquisita sensibilidad y un señorío espiritual inigualable, señorío que le deparaba admiración de intelectuales de la talla de Jorge Guillermo Leguía, el autor de *Siete ensayos en torno de la realidad peruana*, y de muchos otros de

igual valor intelectual, unió su vida a la de Valle y fue su esposa, su compañera, su guía, su protectora durante largos años, los más fecundos de la vida de ambos, los más ricos en frutos de toda especie.

Nacida en Lima Perú en 1901, falleció en la ciudad de México el 12 de diciembre de 1968. Esposa ejemplar, vivió entregada totalmente a Valle a quien admiraba. Su lugar fue el de una compañera excepcional, de comprensiva esposa, de colaboradora inigualable y de perenne fuente de inspiración como reveló él en sus poemas y en toda su obra. Como Valle era un amplio torrente que desbordaba por donde corría, a Doña Emilia correspondió encauzarlo, dirigirlo, hacer que la impetuosa sabiduría de su caudal se volcara ordenada y oportunamente.

De cultura nada común e inteligencia superior, a ella débense notables obras que llenarían de orgullo a todo intelectual. Sin embargo, dotada de una modestia excepcional y deslumbrada por la actividad intensa de su esposo, sacrificó mucha de su labor personal en beneficio de la de él. ¡A muy contados hombres se otorga el don de encontrar una mujer que admire realmente su trabajo y que a más de inspirarle, participe en las tareas comunes entregándose íntegramente a esa excepcional unión espiritual, como la existente entre los Valle! ¡Pocas mujeres hemos conocido como esta tan noble e inteligente, tan extraordinariamente apasionada por su propia obra y la de su esposo!

Cuando Rafael Heliodoro falleció, Emilia consagró su vida entera, noche y día a formar la incommensurable bibliografía de aquel, a reunir su obra dispersa, a publicarla. Sacrificó cuanto una mujer hubiera deseado, el descanso, la comodidad, el confort, por llevar a buen término su anhelo de salvar la obra de Valle. Rodeada de sus papeles, entre ellos la encontrábamos siempre y entre ellos murió.

Pruebas evidentes de su saber, de su sutil sensibilidad, de su vocación no sólo de musa sino de escritora penetrante, de fina y paciente investigadora dejó en numerosos trabajos: las biografías que dedicó a *Fray Melchor de Talamantes* (1962), la mejor que sobre ese insigne pensador político se haya escrito, así como la referente a *Corpancho, un amigo de México* (1949) en la que estudió la valerosa y honesta conducta del Embajador del Perú en México en la época de la intervención francesa.

De su afición por las letras y su conocimiento de la música derivan *El romance tradicional en el Perú* (1952) y *Juegos del antiguo Perú*. Preocupada estuvo al igual que Valle por rescatar las fuentes indispensables a la investigación, preocupación que motivó el *Índice de los documentos de Odrizola* (1946) el *Contrapunto Darío-Chocano* (1966); *Los seudónimos de Rafael Heliodoro Valle* (1965). En unión de Valle publicó la *Bibliografía Cervantina en la América española* (1950) y en colaboración con Fernando Romero el *Probable itinerario de los tres primeros viajes marítimos para la*



Rafael Heliodoro Valle en su juventud

conquista del Perú. Con ecuanimidad singular, sin alardes de feminismo sensacionalista ni liberador escribió *Mujeres de América* (1948) y con ejemplar dedicación elaboró su *Diccionario de escritores peruanos* (Lima, 1966), magna obra producto de numerosos años de devota entrega.

En torno a su esposo, Doña Emilia, como con auténtico respeto le llamábamos, a más de publicar la antología poética *La Rosa Intemporal* (1964), editó *Recuerdo a Rafael Heliodoro Valle en los cincuenta años de su vida literaria* (1957) y *Corona a la memoria de Rafael Heliodoro Valle* (1963). La bibliografía de Valle que terminó poco antes de morir, integrada por más de veinticinco mil papeletas, significó para ella un esfuerzo definitivo. Noche y día trabajó durante varios años con singular y ardiente entusiasmo por concluirla. La vida no le permitió verla impresa, pero queda en espera de serlo, como testimonio imperecedero de auténtico amor.

Su producción se encuentra dispersa en numerosas publicaciones como *La Prensa* de Buenos Aires, *El Nacional* de México, el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, el *Boletín del Instituto Caro y Cuervo*, de Bogotá; *Fénix* de Lima, Perú; *Historia Mexicana*, la *Revista de Historia de América* y muchas más. Conocedora de varios idiomas hizo magníficas versiones del inglés y del francés.

Gran señora, ostentó calidad de Embajadora no sólo de Perú y Honduras sino de la cultura de cuantos países visitara, mas sus extremas complacencias radicaron en el trabajo cotidiano en el que encontraba los mayores estímulos y en el cultivo generoso de la amistad, con selecto grupo a quien siempre irradió los tesoros de su bondad.

Con desprendimiento inigualable, quiso al término de su vida, pródiga en frutos espléndidos de su espíritu y noble corazón, consagrar sus bienes y los de Rafael Heliodoro Valle a crear un fondo denominado Rafael Heliodoro Valle, destinado a becar estudiantes sobresalientes en el campo de las humanidades y a premiar anualmente los trabajos de investigación histórica y literaria más destacados en América.

Su rica biblioteca y su abundoso archivo los legó a la Biblioteca Nacional de México. Clasificados, catalogados y debidamente organizados, formarán un fondo especial que a más de enriquecer el patrimonio bibliográfico de México, servirán a los estudiosos de todo el mundo para proseguir investigaciones en torno de la literatura y de la historia hispanoamericana. La Universidad Nacional de México, al recibir ese legado de uno de sus más ameritados maestros, de un ilustre hombre de América, gloria de su país natal y de México, y de una ilustre escritora, ratifica el lema que ostenta, pues el espíritu de América encarna en seres salientes de nuestros pueblos, de nuestras razas. Orgullosa se muestra nuestra Universidad por haber sido escogida para recibir esa preciosa herencia espiritual que los libros representan.